

No hay nada más vivo que el recuerdo.
Federico García Lorca

Un prelude sin imágenes

Mis tres primeros años argentinos, los abuelos italianos y la larga travesía en el transatlántico Augustus, hasta la llegada al puerto de Barcelona, el sábado 22 de agosto de 1959, quedaron inmersos en un prelude silencioso y sin imágenes de mi memoria. Mi padre siempre recordaba su desenfadada carrera, bajo los intensos bombardeos aéreos de la plaza de Mayo, en el centro de Buenos Aires, que causaron centenares de muertos y heridos —en su gran mayoría civiles—, para ir a buscar a su esposa, que trabajaba en un laboratorio algo más alejado. Aquel día de mediados de junio de 1955 —cinco meses antes de mi nacimiento— mi madre todavía no se había dado cuenta, ya que sólo percibió sonidos que confundió con fuegos de artificio, de la gravedad de la masacre civil causada por el intento de golpe de Estado contra el general Perón. Ambos se alejaron del centro de la ciudad, velozmente, hacia la casa de mis abuelos italianos, donde ellos vivían. Las imágenes filmadas, que pude ver mucho después, de los destrozos urbanos causados por los estallidos de las bombas, con numerosos muertos y heridos por las calles, son estremecedoras.

Muchos años más tarde, a partir de las conversaciones familiares, pude precisar más detalles de mi nacimiento al mediodía de un lunes, día 21 de noviembre de 1955, en el Sanatorio Otamendi y Miroli, de la calle Azcuénaga, 870, en el barrio residencial de Recoleta, situado cerca del centro de Buenos Aires. La soprano Victoria de los Ángeles, cuñada de Montserrat Vila —hermana de mi madre— le

recomendó que la atendiera el ginecólogo doctor Villar, muy conocido en la capital, a través del doctor Comas, un gran admirador suyo en las apoteósicas actuaciones en el teatro Colón. En aquella institución médica de vanguardia, que se había inaugurado el año 1928, mis padres decidieron tener a su primer hijo. Ese sanatorio es uno de los edificios más destacados del movimiento Art Decó en sus fachadas y espacios interiores, con sus elegantes escaleras y la disposición geométrica de los mármoles en sus pavimentos y columnas.

Atrás habían quedado las largas horas de la primera parte de la infancia, una enorme ciudad a la que ya no volvería, mis primeros pasos de la mano de mi abuelo Carlo, hacia una cercana estación de tren, para que viera, asombrado, sus llegadas y salidas, la estancia en una provincia del noroeste argentino, fronteriza con Chile, Bolivia y Paraguay, y los abuelos italianos que nunca regresaron a su país. Ellos fueron integrantes de aquella multitud de inmigrantes que alcanzaron las costas argentinas, en oleadas masivas, en busca de trabajo pocos años antes de los estragos de la Primera Guerra Mundial. Uno de los hermanos de mi abuelo, llamado Giovanni Battista, que había nacido en 1889, murió en aquellos combates, y quedó grabado su nombre y apellido, junto a los de otros muchos jóvenes italianos, en un gran monumento de Mortara, una población situada a unos sesenta y cinco kilómetros de Milán. Mi abuelo Carlo Fogo Guzzi, también nacido en Mortara —Pavía— en 1882, se dedicó a la construcción, especializándose en los frentes de las fachadas. Tenía otros dos hermanos: Ludovico Fogo, nacido en 1885, que pude conocer en un viaje a Italia, y Umberto Fogo, nacido en 1892.

En la mañana de un primer día de año, regresando en coche desde Venecia, después de una intensa nevada, pude ver

con emoción, tras una larga búsqueda recorriendo los hermosos pórticos del cementerio de Mortara, con sus bóvedas pintadas de azul, los diminutos retratos circulares de mis bisabuelos Nicola Fogo y Luigia Guzzi. En la densa neblina conversé con un viejo partisano, vestido con un largo abrigo oscuro y un elegante sombrero negro, que había ido a llevar flores a su compañera. Con una expresión digna y desolada me dijo: *Niente guerra. La guerra è brutta*. Llevé aquellas fotos que hice en sus lápidas para que mi padre pudiera ver, también con emoción, a sus abuelos. Todavía conservamos, cuidadosamente, algunos de los desgastados instrumentos de trabajo de mi abuelo, como una pequeña paleta con su mango de madera rústica y su parte plana, metálica, de forma irregular, en sus suaves curvas desgastadas por su uso durante tantos años. Con sus propias manos, en un gran esfuerzo, reformó y amplió, a medida que nacían los hijos, una casa de planta baja, con un pequeño jardín, en la calle Donado, 3125, del barrio de Villa Urquiza, en Buenos Aires, que mostraba su habilidad constructiva y sentido de la modulación. En sus documentos de inmigración consta su profesión, que compartía con su hermano Giovanni Battista, con la bella palabra italiana *muratore*.

La verdad de los carpinteros
De los albañiles de los techadores de los sabios
Ellos alzaron el mundo más arriba de la tierra

Paul Éluard

Aquella casa, donde viví con mis padres y abuelos en mi primer medio año, ya no existe porque fue demolida por un controvertido plan de autopistas urbanas, planteado en la época de la dictadura militar, que sólo llegó a realizarse en su

parte inicial. En una fotografía quedó como vestigio el árbol de la acera del frente de la casa y un dolor alto en aquel recuerdo de mi padre por la pérdida de su espacio habitado. A veces, comentaba que quizá no había regresado más a Buenos Aires para no ver aquel solar vacío.

Los largos viajes en barco, en las travesías trasatlánticas, con las emotivas despedidas en los puertos marítimos y las miradas en doble sentido, hacia el muelle y al barco con sus pasajeros, hasta que la lejanía difuminaba los perfiles, fueron una constante desde aquellos primeros viajes de los abuelos italianos a inicios del siglo pasado. En agosto de 1908 viajó mi abuelo Carlo, desde el puerto de Génova, en el barco Tomaso di Savoia, en tercera clase, a sus veinticinco años, hacia Buenos Aires. Cuatro años después, en octubre de 1912, viajó mi abuela María Amante Spina, nacida el año 1896 en Catania —Sicilia—, desde el puerto de Génova, en el barco Argentina, en segunda clase, con dieciséis años, también hacia Buenos Aires. Ambos se conocerían, bastantes años después, en la capital argentina, donde encontraron una buena acogida y pudieron desarrollar sus proyectos vitales, casándose en diciembre de 1920, en una larga trayectoria familiar que, desde entonces, buscaría sus espacios habitados entre ambos litorales.

Mi madre nació en Banyoles —Girona—, en la última hora del día 4 de mayo de 1923, cuatro meses antes del levantamiento militar del general Miguel Primo de Rivera. Fue la cuarta de siete hermanas, hijas de Joan Vila Ferran, nacido en Argelaguer —Girona—, el año 1893, y Pilar Clè Coll, nacida en Banyoles, el año 1888, que también tuvieron tres hijos fallecidos a muy temprana edad. Joan Clè, hermano de mi abuela, era sastre y tuvo un gran taller conocido como Sastería Clè, en la calle Sant Martírià, según los anuncios en *El Banyolí*. Era un taller de sastrería acreditado, donde

iban muchos aprendices del oficio, que incluso participó en algunos certámenes en París.



Monumento en Mortara a sus caídos en la Primera Guerra Mundial, que incluye a Giovanni Battista Fogo.



Pórtico del cementerio de Mortara, con los bisabuelos italianos de la familia Fogo.



Casa de la calle Donado, 3125, de Buenos Aires, reformada y ampliada por mi abuelo italiano.